

LOS AUTÉNTICOS PAJES REALES

Amanece en Segovia. Pequeños trazos de luz se cuelan por las rendijas de una coqueta habitación. Los rayos acarician los marcos de unos cuadros infantiles, todos son puzzles, todos con paisajes de granja. A las niñas siempre les ha gustado los animales, y sus abuelos lo saben. Por ello también las cortinas están estampadas de chuchos y mininos adorables, para que protejan de pesadillas a sus nietas en la fría noche de reyes.

Las dos chiquillas están cansadas, intentaron mantenerse despiertas para poder pillar a Melchor y Baltasar con los regalos en los sacos. Melchor es el rey de la mayor, Baltasar el de la más pequeña. Al final, a las dos de la madrugada, con la ayuda del silencio de la calefacción centralizada, Morfeo ganó la batalla por ellas, mostrándoles en sueños todas las cosas que cada una había pedido en su carta a los reyes magos.

Cuando los haces de luz rozan sus párpados, las dos pegan un brinco de emoción y corren atropelladamente hacia el dormitorio de sus abuelos. Cuando los ancianos se levantan, al mismo tiempo llaman a sus padres, que dormitaban en el cuarto contiguo. Una vez todos listos y bien despiertos, van hacia la puerta del salón, que permaneció cerrada desde la noche anterior. La abuela retira el esparadrapo con el que rodeó los pomos antes de acostarse. Lo hace cada víspera para evitar que se cuelen quienes ella suele llamar sus pequeñas intrusas revoltosas. Después aprieta el interruptor de la luz del comedor y abre la puerta. Las niñas avanzan en tropel hacia su interior gritando exaltadas.

En el sofá, varios zapatos desparejados señalan a cada una qué lugar le corresponde, donde descansan una veintena de paquetes envueltos en papel con motivos navideños. Las dos abren con rapidez cada uno de los regalos. Están tan entusiasmadas que no paran ni dos minutos para admirarlos. Hasta que una de ellas abre uno pequeño y lo mira extrañada. Sabe qué son: cartas, pero no había visto nunca una baraja de ese tipo.

Algunas son negras, otras rojas, y tienen dibujos que parecen corazones y hojas de árbol. También hay reyes y reinas, cada uno con una figura a su lado. Al enseñárselas a su abuelo, este le explica que a Baltasar le gusta mucho ese juego, y que en la antigüedad, sus antepasados los nómadas del desierto las llevaban consigo para hacer más llevadero el camino a casa.

Al poco rato, llegan más familiares al hogar, y las niñas disfrutan enseñando a sus primos los obsequios de los reyes. Por la tarde, cuando regresan todos a sus casas, el abuelo pasa el poco rato que le queda con sus nietas enseñándoles a jugar a los naipes, como él llama a esas cartas tan peculiares. Las niñas ríen animadas con las instrucciones del viejo, y aprenden de prisa en varias partidas.

Llega la hora de partir. Son casi las diez de la noche, se les ha hecho algo tarde para volver a Madrid, pero aunque las crías insisten en quedarse una noche más, los padres no ceden, alegando que deben recoger y prepararlo todo al día siguiente para la vuelta al cole. Mientras introducen todas las maletas y paquetes en el maletero de su Renault, ellas se despiden de sus abuelos con un fortísimo abrazo.

Ya están en la autovía. Saben que hay una hora y media de camino hacia su destino, por ello cada una ha dejado su consola cargada para pasar el viaje jugando a los videojuegos nuevos que les han traído los reyes. Cuando llevan menos de la mitad del trayecto, las niñas se dan cuenta de que están parados, el coche no avanza. Al preguntar la razón, sus padres les señalan la carretera: está helada. Una gran capa de nieve se expande por el asfalto desde su posición hasta donde alcanza la vista, que no es mucha, ya que ha anochecido y solo pueden ver hasta donde los faros del coche alumbran. Otros vehículos están igualmente parados, tanto delante como a sus espaldas, y la cosa parece ir para largo, como su padre acaba de decir. Pero ellas no le dan mucha importancia, siguen enfrascadas en sus consolas. Hasta que se les acaba la batería.

Han pasado ya tres horas desde que salieron, y aún siguen sin poder continuar la marcha. Los padres comienzan a preocuparse, quejándose de la poca cobertura de sus móviles, y eso se refleja también en el ánimo de los demás conductores, que comienzan a tocar el claxon, y en la impaciencia de sus hijas. Una de ellas comienza a quejarse: tiene hambre. Suerte que su abuela, siempre precavida, había preparado unos bocadillos y una botella grande de agua para el camino. Las dos los devoran en un suspiro.

Ha pasado otra hora más, y la incertidumbre hace que su padre baje del vehículo para preguntar a los demás vecinos de atasco si saben por qué no viene nadie a limpiar la carretera de nieve. Las niñas comienzan a asustarse. Su madre las intenta tranquilizar, y cuando está a punto de tirar la toalla, una de sus hijas tiene una idea: jugar a los naipes. Así será más llevadera la espera, piensa ella, como los nómadas del desierto. A medida que van sucediéndose las partidas, a las dos chiquillas les vence el sueño y pronto quedan dormidas, inocentes ante el temor de su madre de quedarse sin batería ni calefacción en el coche.

Amanece en el kilómetro setenta y dos de la AP6. Pequeños trazos de luz se cuelan por el cristal de la parte trasera del monovolumen. Las niñas despiertan a la vez y ven que todavía siguen en el mismo lugar. Su madre duerme en la parte delantera y su padre sigue ausente. La más mayor decide hacer acopio de valor y salir del vehículo para buscarlo, pero cuando ya ha bajado, unos hombres extraños aparecen frente a ella. Visten uniformes negros con franjas amarillas muy luminosas. Uno de ellos la coge en brazos y vuelve a colocarla en su asiento. A lo lejos, la niña puede ver a otro hablando con un hombre: ¡es su padre! Los dos se acercan y les dicen que son el equipo de rescate de Melchor y Baltasar. Han venido a salvarlas de la helada. Algunos llevan palas metálicas, y se las enseñan a las pequeñas para demostrárselo. La mayor de las niñas ve unas iniciales en uno de los uniformes. El hombre le explica que pertenecen a la UME, Unidad

Mágica Española de sus reales majestades. Entonces su madre, ya despierta, rompe a llorar y se abraza a ellas como nunca lo había hecho. La más pequeña de las niñas no está muy convencida de lo que aseguran esos tipos, entonces uno de ellos coge la baraja de naipes y le enseña un truco de magia. La cría queda convencida al instante, sin duda se trata de uno de los pajes de Baltasar.

Las dos niñas no ven el momento de contar a sus compañeros de clase aquella aventura. Mientras los quitanieves abren camino, las chiquillas vuelven a preparar una nueva partida de naipes a la vez que se despiden con la mano de los auténticos ayudantes oficiales de los reyes magos.